

DIALOGANDO CON *QUERCÚN* DE SERGIO MANSILLA TORRES

Conversing with Quercún by Sergio Mansilla

JULIO PIÑONES LIZAMA

Universidad de La Serena (Chile)

juliopinones46@gmail.com

I. *QUERCÚN*: HACIA UNA LECTURA

¿En qué consistiría leer hoy una obra poética como *Quercún*, al cabo de algunos años de su aparición y de la publicación de sus referencias críticas? Estamos hablando de una obra primordial de la poesía del Sur de Chile y de sus islas, que posee una poderosa vocación de futuro. Se percibe que en su profunda naturaleza cultural hay algo indecible, pero que, a la vez, ofrece su acceso. A la vez, hay algo misterioso que se muestra, oculta y late, con la sonoridad y ritmo de una serena provocación a los lectores: su lenguaje es muy elaborado y contenido, forjado por años de experiencia y amor por la palabra poética; solo se vierte como la serena provocación del oleaje marítimo de sus líneas. Advertimos la expresión artística de un fenómeno múltiple de apertura, expansión y retraimiento, impregnado por el sentir de personajes que vagan a lo largo de extensiones y honduras significativas del alma memoriosa de un sujeto poético pluralizado y colectivizado, con simbolizaciones que se desenvuelven en situación de circunstancias geográficamente señaladas y reconocibles.

Llegan sus resonancias más substanciales a nuestras sensibilidades gracias a la medida de estas voces naturalmente solemnes y cotidianas, trágicas, a veces, que van al encuentro del otro, desde la dicción de la hondura y del estremecimiento existenciales compartidos. Abordar esta multiplicidad sintética implica la búsqueda de sentido en su tejido escritural, en cuyo trenzado hay soledades, rememoraciones, sentimientos, vacíos, abismos, plenitudes; ocasos indescifrables, aconteceres íntimos, desamparos sin consuelo: estamos conviviendo con el emerger de lo humano y de lo no humano que lo acompaña, dialogando con nosotros por medio de una búsqueda de verdad irreductible: a lo menos que pueden aspirar sus lectores es a concretar prácticas creativas en los procesos de interacción con sus textos, haciendo de estas actividades dialógicas un ejercicio sensitivo y razonado, que capte su intimidad estética y sus proyecciones universales, habida cuenta de la obra de arte que es.

En consecuencia, para intentar responder a la pregunta planteada, intentaremos reconstruir los caminos que pueden llevarnos a la profundización y ampliación de nuestra experiencia de lectura, incorporando las conexiones y aportes de autores que han examinado estas complejidades lingüístico-estéticas, en una larga historia sociocultural que desembocara en el contexto de un cambio paradigmático de notable interés, del que

las comunidades contemporáneas nos beneficiamos. La académica Biviana Hernández (2008) ha reconocido estos aportes individuales y grupales:

Para la teoría del texto y del texto artístico (literario) resultan de gran influencia los aportes de la semiótica soviética, que los pensadores de Tartú-Moscú, especialmente B. Upenski y I. Lotman, erigieron tras la noción de lengua como sistema modalizante y de la cultura como universo semiótico textual o semioesfera (p. 69).

II. ALGUNOS PASOS DEL DESARROLLO DIALÓGICO EN LAS LECTURAS

Un antecedente del pasado de esta contemporaneidad desde la que hoy conversamos, puede encontrarse en las expresiones del filósofo alemán Ernst Cassirer (1979), quien sostuvo que las relaciones entre las personas eran posibles gracias a las obras, y que las formas simbólicas contribuyen a la liberación del ser humano. Tiempo después, para que empezaran a producirse algunas de estas valoraciones en el examen de las relaciones lingüísticas –proceso receptivo inaugurado por la catarsis aristotélica de la *Poética*–, Iuri Lotman (2000) planteó una advertencia relevante:

Una cierta comodidad heurística ha hecho que los estudios de comunicación establecieran compartimentos estancos para describir los distintos elementos –emisor, mensaje y destinatario– del sistema comunicativo considerando el texto como un anillo pasivo de la transmisión de una información que es la misma a la entrada (emisor) y a la salida (destinatario) (p. 4).

Avances teóricos posteriores que se fueron sumando a esta crítica esclarecerían que este proceso debía ser visto a la luz de las capacidades transformadoras de sus agentes y no meramente como transmisores de mensajes. Emisor y destinatario son universos diferentes por conocer y corresponden a sujetos activos, desde cuyas competencias se van construyendo traducciones creativas, generadoras de nuevos significados, que abren paso al reconocimiento de un interactuar dinámico sobre la base de una imprescindible memoria compartida, que concluye en que la mayor riqueza de códigos nutre las construcciones del emisor y que la riqueza de las creatividades intepretativas del oyente/lector, también contribuyen positivamente a este proceso.

En esta misma línea de enriquecimiento comunicativo en la conexión entre emisor y auditorio, Mijaíl Bajtín (citado en Lozano, 1998) escribió:

La palabra viva que pertenece al lenguaje hablado está orientada directamente hacia la futura palabra-respuesta: provoca su respuesta, la anticipa y se construye orientada a ella. Formándose en la atmósfera de lo que se ha dicho anteriormente, la palabra viene determinada a su vez por lo que todavía no se ha dicho, pero que viene ya forzado y previsto por la palabra de la respuesta [...]: El texto ha “seleccionado” al público a su imagen y semejanza (p. 4).

En 2001 el poeta Sergio Mansilla fue recibido como miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. En esa ocasión, en la ciudad de Osorno, pronunció una conferencia cuyo título fue “Platón expulsa a los poetas de la República” (Mansilla, 2001, p. 259); así se constituyó en emisor de un mensaje expuesto al análisis, comprensión e interpretación de los integrantes de aquella audiencia. Hasta ahora, los aportes citados han señalado que las palabras de todo mensaje incitan a sus contestaciones más menos inmediatas, según ciertas condiciones. Precisamente, esa audiencia empezó a construir sus recepciones sobre la base de los dichos de esa conferencia y esas producciones comenzaron a darse gracias a que una de esas condiciones surge del uso protocolar de este formato expositivo que establece la mención explícita a los destinatarios inmediatos/mediatos y a sus distintas características sociales.

Más allá de un mero uso formal, en este caso, reconocemos en esta interpelación explícita y específica, un modo substantivo y favorable de iniciar esta comunicación, debido a que la mención que se hace de vocativos se relacionan a quienes interactúan con el destinador, que son los académicos de su medio intelectual y laboral, como también de un modo destacado y, tal vez, más vitales y creativos, las amistades literarias (o enemistades) de su entorno social y cultural, y de una manera más general, los señores y señoras presentes próximos a la cultura. En los dos primeros casos, se reconocen los principales nexos del hablante con quienes han formado parte de un conjunto de personas interactivas, que antecedieron a esta convocatoria. Así se predispone al público con empatía y referencialidad –en medio de un marco dinámico de comunicación–, las respuestas comprensivas y afectivas que surgirán en un sentido o en otro, en los integrantes de ese auditorio. Se trata, pues, de una comunicación que se reinstala en el acontecer de esa memoria colectiva y de las futuras posibilidades de crecimiento que pueden seguir desarrollándose en las circunstancias variables de esas conexiones: en pro de la belleza del pensar y del sentir, antagónicas a muchas coexistentes. En los términos de la autopresentación de su identidad literaria y de su visión del mundo, de la historia y de la vida, estas sintéticas palabras aportan, igualmente, elementos que contribuyen a la expresión y comprensión de su sí mismo, de sus núcleos de pensamiento orientados a la discusión de una ética y de una estética irreductibles:

Soy, por sobre todo, un lector rumiante, animal paquidermo del lenguaje con un pie en la poesía que canta y otro en la poesía que razona [...]. Quisiera, pues, compartir con ustedes algunas modestas reflexiones sobre el sentido y razón de la literatura en este mundo hecho, a menudo, contra la belleza del pensar y del sentir, contra el amor que quiere siempre amar el aire, la tierra la doble calavera de este mundo. (Mansilla, 2001, p. 259).

De este modo se evidencia, que estas aproximaciones sensitivas y reflexivas a las que adhiere el poeta, avalan la fluidez del contacto y la efectividad de lo que puede resultar, positivamente, de las relaciones entre emisor y oyente/ lector. Igualmente, estos

cauces comunicativos anticipan lo que puede ser la calidad de los valores de sus interacciones, aportando con ello, una cosmovisión, una forma de sentir, un modo de pensar integrador, poético y filosófico: el de cultivar y asumir un noble y justo partido en el ejercicio de la sensibilidad de su escritura y de su tejer lógico, ante las circunstancias históricas de la realidad contemporánea.

Recordemos que en aquella conferencia de Mansilla se dilucidó el exacto alcance de la expulsión platónica de los poetas de la república ideal, cuestión que interesa con relación al desarrollo de su exposición y de su posición ante los problemas contemporáneos que somete a debate en las siguientes fases de aquel discurso. Así es como él construye y comunica parte del ideario de su ser expresivo, por lo que corresponde analizar cómo desenmascarar este mecanismo ideológico, que se puede considerar como un clásico ejemplo de la perdurabilidad de las manipulaciones y distorsiones antiguas y contemporáneas de los poderes dominantes. Con este propósito, se clarificó que esa expulsión solo aludía a esa clase de poetas que el filósofo (des)calificaba como “imitativos”, aquellos que componían “obras viles, si se les juzga en relación con la verdad (y se vincula) con la parte vil del alma, y no con lo mejor que hay en ella” (Mansilla, 2001, p. 260). Por el contrario, “Los otros, aquellos que cantan ‘himnos a los dioses y elogios a los hombres de bien’, son bienvenidos en la república platónica y tienen un lugar asegurado para los fines de la educación de los jóvenes con el fin de convertirlos en individuos ejemplares al servicio del estado perfecto” (p. 259).

En esta discriminación platónica, el discurso de la razón “se supone, es verdadero: un discurso de realidad que se condice con principios asumidos como necesarios (en el sentido lógico) y deseables (en sentido ético)” (p. 261). Y a la inversa: “el discurso de la ficción literaria, en cambio, a lo más podría ser solo verosímil, imaginario; un discurso, en consecuencia, ‘degradado’ en términos ontológicos si se lo compara con aquellos discursos que hablan de las cosas ‘tal como ellas son’ o ‘debieran ser’” (p. 261).

Hecha la lectura completa de esta referencia, queda en claro que en ese entonces remoto, en este presente problemático, y a lo largo del tiempo intermedio, aquella descalificación hacia los poetas y a sus contribuciones culturales en las sociedades, respondió siempre a los intereses ideológicos de aquel estado helénico que imaginaba Platón, y hoy responde, igualmente, a las opresiones y exclusiones de los Estados y poderes del mundo moderno, en nuestro caso, a las manipulaciones, distorsiones y clasismos premeditados y funcionales a los intereses del poder neoliberal en el planeta. En contra del carácter mercantil que se le impone a nuestra sociedad en los días que corren, el expositor afirmó:

El sistema nos empuja a convertirnos en agiotistas de nuestras propias vidas, exigiéndonos que seamos capaces de intervenir en las cosas siempre que tales intervenciones devengan inversiones redituables y finalmente traducibles a un valor de cambio más que de uso. La literatura, en este contexto, solo puede ser rentable

si la movilizamos como una “rareza” de la imaginación que satisface la necesidad de exotismo y/o de entretenimiento de la sociedad de consumo (p. 261).

La preocupación pro-intelectualismo, prohumanismo, prosensibilidad, proformativas, provalóricos, que manifiesta esta voz, no solo procede del ámbito universitario, sino que del conjunto de una sociedad que empieza a aspirar a la construcción de una comunidad, que se ha forjado al abrigo de la esperanza en un Chile mejor, diverso al que la gran mayoría del país padece en el plano cultural y vivencial:

A la luz de esta lógica (la del neoliberalismo), pareciera también razonable que nuestro sistema educativo haya reemplazado la antigua asignatura de Castellano por Lengua Castellana y Comunicación, subsector de un área más grande que se denomina Lenguaje y Comunicación [...], y, al parecer, más funcional al pragmatismo y realismo de los tiempos que corren [por lo que resulta] sí inquietante la cada vez más fuerte tendencia en la escuela a hacer de la enseñanza del idioma castellano un conjunto de contenidos, ejercicios y actividades destinados a lograr un dominio meramente instrumental del idioma con el fin de formar redactores y “habladores” eficientes, funcionales a las demandas que, en este orden, impone el medio (p. 262).

III. Texto y lector dialógicos en *Quercún*

La titulación de este libro parece haber sido natural, pero es pensable que corresponda a una elección razonada que constituye la esencia más profunda y significativa de esta obra, que radicaliza la noción de la territorialidad chilota. Se trata de una palabra que no circula en el uso común de nuestro español/chileno continental, y es claro que revisando la etimología de la palabra se advierte que el empleo de ella no siguió la trayectoria histórica del vocablo latino “quercus”, que es roble, encina, quedando en claro que se había preferido emplear la significación criollizada de ese vocablo que circulaba en el extremo sur costero de Chile, lo que se confirmaría por medio de una nota preliminar a sus textos. Así es como, gracias al estudio especializado y a la edición de fenómenos lingüísticos principalmente regionales, sus lectores han dispuesto del significado de dicha palabra: “Quedarse aislado por el mal tiempo en o al otro lado del río, lago o mar” (Mansilla, 2019, p. 5). En consecuencia, aquí comprobamos cómo el texto de Mansilla, el lenguaje de *Quercún* genera un espacio polifónico cohabitado con otros lenguajes, surgidos de este territorio insular y de una existencia transformados en poesía, para que las “traducciones” que realicen sus oyentes sean fruto de esa preconfiguración motivada por esa palabra original y creativa, que abrió curso a este proceso lingüístico-estético.

Lo considerable en este primer apunte es que su eventual acontecer corresponde a una limitación directa que la naturaleza puede imponer a alguien de manera inesperada, con prescindencia de la voluntad del afectado: en estos tres casos de ocurrencia, lo

acuático es lo que reduce, concretamente, la movilidad de quien se encuentra en este trance, amenazándolo, siendo probable que esa condición se asuma como una derivación o consecuencia de ese contexto geográfico; aunque este significante también podría proponer el simbolismo del mar como generoso dador de vida. Así, frente al lector, se cumple con una primera finalidad informativa de esta conexión. En tanto, una segunda referencia al vocablo proporciona otras diferencias que enriquecen este significante y permiten proyectar mayores aspectos interpretativos de estos textos, debido a que implican una variante más vasta y activa, como la de “Hacer quercún”, que es una “Expresión que se aplica especialmente a la navegación” (p. 5).

La suma de este concepto expande sus correlatos con el dinamismo propio de la exploración independiente, y remarca el empleo especial y deliberado de una práctica personal o de un desplazamiento colectivo que acontece en Chiloé. A lo anterior se agregan las conexiones que en no pocos casos relacionan las navegaciones con los riesgos de lo azaroso, ante los cuales “hacer quercún” corresponde a “Resguardarse del mal tiempo en un lugar protegido –un fiordo, por ejemplo– y esperar a que amaine la tormenta para entonces continuar viaje” (p. 5).

Algunas características de estas expresiones amplían las posibilidades interpretativas desde esta segunda instancia de lectura, por ejemplo, la búsqueda de refugio ante cualquier “mal tiempo” puede percibirse como la reacción de los navegantes ante el asedio amenazante y la coexistencia con las circunstancias aciagas del Mal. Similar sentido late en la espera de la disminución de la “tormenta” que, en su acepción mediata puede remitir a hechos o experiencias tempestuosas, tales como sufrimientos o desafíos que deben ser enfrentados. De algún modo, el ser viene a revelarse como cautivo de estas variaciones, porque su habilitación depende de esa disminución “para continuar su viaje”: los obstáculos vienen entonces a enfrentarse con mayor magnitud y trascendencia ante el propósito central del viajero.

Componentes análogos se advierten en las resonancias del vocablo “viaje” y en sus múltiples recurrencias como metáforas de la travesía o de la vida. De algún modo, para lectores potenciales de esta clase de obra, pudiera ser que los aspectos mediatos de este fenómeno remitiera a la omnipresencia de lo oceánico, que rodea y agita en su oleaje la resonancia de un fondo común de culturas, donde suelen palpitar inconscientes y hondas, experiencias significativas, recuerdos trascendentes, cosmovisiones, relatos fabulosos, narraciones y tradiciones milenarias, al menos, con orígenes en las tradiciones y religiones egipcias, griegas, romanas, asiáticas, indígenas, ibéricas o latinoamericanas, que se conjugan en amplitudes temporales y desplazamientos espaciales, y que se han vertido en tantas intertextualidades, peripecias, gestas, romances, glorias y tragedias de seres inmersos en las aventuras del vivir y del morir.

En esta vasta memoria cultural, las perspectivas universales que ofrecen estas potencialidades pueden remitir a relatos acerca de aventureros, a héroes fantásticos, a

sobrevivientes inauditos, a planos de mayores dimensiones, a inmensas proyecciones épicas o míticas, aparecidas en las literaturas y en variadas artes de todas las épocas y lenguas. Precisamente, lo específico y lo cultural de nuestra recepción radica en la disponibilidad de estas respuestas. De allí, el carácter reactivo de esas acciones conscientes, en cuya médula late la búsqueda de aquel “lugar protegido”, que soñamos ante los embates de la realidad, porque se genera un recinto para reanudar la alegría de vivir, que no deja de expresarse y de acumularse en las prácticas sociales: “Ahí donde el aguacero y los vientos dejan espacio a la conversa, a la ensoñación, al fueguito a la espera de un tiempo que permita continuar el derrotero” (p. 5).

Así, las aventuras expuestas, lo súbito, lo desatado, aparecen terminando en la acogida de unos a otros, congregados junto al valor integrador y vital de lo ígneo, como dice el segundo poema de la obra:

Quien escribe nunca ha existido.
[...]
Y han existido isleños [...]
que entibieron sus cuerpos ateridos con este mismo fuego (Mansilla, 2019, p.12).

Será junto a su calidez que los viajeros aguardan la constante expectativa de un tránsito vertido hacia un espacio existencial, que no se dibuja con precisión, porque ninguna de sus características está definida, y hay que construirlo; por eso los destinos son variables y no puede ser de otro modo, si recordamos el clásico axioma enunciado por Juan Bautista Vico (1978) en su *Ciencia Nueva*¹: “El hombre, por la naturaleza indefinida de su mente, cuando yace en la ignorancia se erige en regla del universo”. De allí que toda interrogante respecto de la existencia resulte imposible de ser anticipada, lo que, de todos modos, hace persistir la creatividad, el jugarse por la plenitud o por la perdición. En consecuencia, estamos en un territorio comunicacionalmente participativo, en el que podemos aproximarnos a otras experiencias de lectura, generacionales, epocales, dialógicamente sociales, las cuales algunas veces vislumbraron esta noción marítima del “derrotero” en procura del que se quiere continuar.

¿Pero cuál es el contenido del término “derrotero” al que alude el navegante? ¿De cuáles derroteros hablamos? ¿Qué significados atribuimos a esta expresión? ¿Cuáles aspectos constituirían su soporte? ¿Cuáles podrían ser las marcas de un derrotero que condujeran al ser humano en su trayectoria vital? ¿O sin más, la noción de “derrotero” podría ser leída en la línea de su origen lingüístico y que se reduce a la significación de la derrota, una y otra vez? Tal vez su sentido puede ser relativizado del todo, pues su virtual polisemia, puede retrotraer a sus raíces etimológicas latinas: al prefijo *res*, que equivale a “una dirección de arriba abajo”; en tanto, la palabra “rupta” se traduce por lo “roto”; y el

¹ La 1ª edición ocurrió en 1725; su publicación póstuma en 1744. La edición chilena empleada es de 1978.

sufijo *ero* corresponde a pertenencia. Asimismo, se suma a la condición ambigua de esta palabra, el que suele presentar la confrontación alternativa del vencer o del ser vencido.

Ante esta incertidumbre del emisor surge la interrogante que –explícitamente– procuraría implicar a los destinatarios: “¿Hacia qué destino será que vamos?” (Mansilla, 2019, p. 5). Acaso ¿existe el destino? ¿O es que escribir poesía es una forma de hacer quercún? Esta indefinición es la que lleva a esta voz explorar esta posibilidad: “Y si este quercún fuera el verdadero fin del viaje” (p. 5). ¿Acaso el requerimiento de protección ante las veleidades de la existencia obliga a una permanente voluntad de resguardo ante las inclemencias de la vida? ¿Escribir poesía es otra forma de hacer quercún? ¿De qué otro modo puede ser compartida esta provocación final?: “¿Quedarse nada más en este cabecear de palabras bajo un techo que apenas nos protege del cielo desnudo y frío?” (5). Tal vez, los intentos de respuesta a estas interrogantes, tal vez, repito, podrían ser contestadas dentro del territorio dialógico de las lecturas de *Quercún*.

IV. LOS TERRITORIOS DIALÓGICOS EN *QUERCÚN*

Así es como los textos de apertura de esta obra remiten a esa zona conmemorativa donde el hablante se reencuentra con sus familiares, y tales seres fallecidos, desde esa instancia, insisten en hacerse presentes en sus días y noches, gracias a sus palabras y hechos, en los que se está manifestando lo vivido por estos antepasados de los cuales tales palabras y hechos proceden. Situando el texto de *Quercún* en el marco semiótico diseñado por Lotman, se podría hablar de esta presencia hegemónica de los muertos como “un continuum semiótico, completamente ocupado por formaciones semióticas de diversos tipos y que se hallan en diversos niveles de organización” (Lotman I, 1996, p. 22). La oposición a esta hegemonía semioesférica es la “periferia”, la que ha sido considerada como un “entorno exterior no organizado” (p. 29). Ambos espacios semióticos se encuentran delimitados por el concepto de “frontera”, que “es la suma de los traductores filtros bilingües que pasan por el texto a través de los cuales un texto se traduce a otro lenguaje (o lenguajes) que se halla (n) fuera de la semioesfera dada” (p. 24). Si vamos al primer poema de *Quercún*: “Los difuntos se niegan a salir de nuestra memoria” (p. 11), lo que pudiera empezar a considerarse como semioesférico es la memoria obstinada de los muertos instalados en el discurso del hablante; manteniendo parte de lo que ellos fueron en vida, reapareciendo metonímicamente por medio de algunas de sus expresiones y conductas:

Mi padre, por ejemplo, murió hace varios años;
pero su imagen, sus dichos,
vuelven una y otra vez a reiterarse
en lo que digo y en lo que sueño (Mansilla, 2019, p. 11).

Llaman la atención los caracteres opositivos que abren este fenómeno inaugural del libro: es como si se remarcara en esta fase inicial de esta obra, el extremo final de la vida de su progenitor como un inicio que perdura en esta sobrevivencia visual y lingüística transmundanas. En la segunda estrofa, lo semioesférico se pluraliza y expande, con la mención uniforme e invariable de dichos personajes:

Están ahí los difuntos, porfiados, lánguidos,
ocupando los recuerdos;
sus llamados nos vuelven impotentes dioses (Mansilla, 2019, p. 11).

Esta persistencia de los difuntos transforma a esta instancia en el acontecer de una invasión abrumadora –“ocupando” una zona que pudieron haber contenido otros “recuerdos”–, dominación que se impone a esta conciencia rememorante del destinador, a quien solo resta la pobre ventaja de un mero saber como consuelo:

sabemos más que ellos,
lo que ocurrió después de su muerte.
sabemos, por ejemplo, de la viuda que se volvió a casar,
de los hijos que subastaron, sin respeto alguno
las herencias,
de la casa que quedó abandonada junto al camino gris
de los lacrimosos epitafios escritos sobre mármol (p. 11).

En esta disposición crítica hacia las conductas sociales que debieron o no ser realizadas, sobresale la dignidad semiosférica del territorio de la muerte y de sus muertos: emerge la falsedad, en especial, de quienes usan un lenguaje que para nada honran, sino que ofenden o ridiculizan por el uso perverso o banal de términos falsos o excesivos, siendo la mención del “mármol” el vil recubrimiento del oropel y vaciedad presuntuosos de lo carente de sentido. Y la voz hablante confirma algo que es inmodificable:

Pero no podemos cambiar nada
de lo que ellos vivieron,
ni expulsarlos del relato de nuestras vidas (p. 11).

Esta pervivencia inmodificable de lo hecho por los muertos les confiere una aureola en torno a lo cual, ganan esa permanencia invisible que debe ser respetada y nunca debiera ser ofendida ni falsificada: ya están en una dimensión distinta, la que difiere del acontecer en la “frontera”, donde se impone la hipocrecía, la injusticia y el caos:

Están ahí, haciendo gestos que se confunden
con los de las nubes que ningún viento
arrastra a ninguna parte (p. 11).

Aquel espacio sigue coexistiendo con la realidad de los vivos, invirtiendo los términos de unos y otros:

Son así los difuntos
hacen cuenta
de que nosotros somos su eternidad (p. 11).

Lo que ratifica la condición excepcional con que se ha mostrado esta semioesfera, lo que es consecuente con esta apreciación de Lotman: “El texto es concebido por Lotman como un espacio semiótico en el interior del cual los lenguajes interactúan, se interfieren y se organizan semióticamente” (Lozano, 1998, p. 4). Por cierto, la configuración de estos conceptos tiene especificidades concretas en *Quercún* y parte de estos entrecruzamientos se debaten en las interpretaciones de los sentidos nucleares de esta obra, principalmente, la existencialidad del ser humano en el mundo, lo que sumado a la exploración de otros aspectos simbólicos del texto cimienta su universalidad en cuanto obra de arte.

V. CONCLUYENDO DE MODO NO CONCLUSIVO

A estas alturas, declaramos la imposibilidad de que una lectura respecto de *Quercún* se acerque siquiera a la perfección que a todos los clasicismos y cegueras históricas han seducido: sabemos que nos resta más de un universo por interpretar, y creemos que lo inagotable de esta obra será un desafío para que otros investigadores continúen y expandan esta labor a lo largo de mucho tiempo. Otros y otras seguirán abriendo la brecha de los trabajos hasta ahora publicados. Imaginamos que estos caminos situarán a *Quercún* en el espacio poético superior que le corresponde al sur de la eternidad.

OBRAS CITADAS

- Aristóteles. *Poética*. Disponible en: www.philosophia.cl Escuela de Filosofía, Universidad Arcis.
- Cárdenas Renato y Trujillo, Carlos (1978). *Apuntes para un Diccionario de Chiloé*. Aumen.
- Cassirer, Ernst (1979). *Filosofía de las formas simbólicas*. FCE.
- Hernández, Biviana (2008). Para una concepción sistémica del texto: las propuestas de Iuri Lotman y Walter Mignolo. *Revista Alpha* N°26, 47-68.
- Lotman, Iuri (2000). *La semioesfera III. Semiótica de la cultura, del texto, de la comunicación y del espacio*. Trad. Desiderio Navarro, Madrid: Cátedra, 2000.
- (1998). *La semioesfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la comunicación y del espacio*. Trad. Desiderio Navarro, Madrid: Cátedra, 1998.
- (1996). *La semioesfera I. Semiótica de la cultura y el texto*. Trad. Desiderio Navarro, Madrid: Cátedra, 1996.
- (1970). *La estructura del texto artístico*. Trad. Victoriano Imbert: Istmo, 1970.
- 208 | ALPHA N° 56 (JULIO 2023) PÁGS. 199-209. ISSN 07 16-4254

- Lozano, Jorge (1998). La semiosfera y la teoría de la cultura. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios* N° 8. Disponible en: [www.ucm.es/info/especulo/ N° 8/Lozano.htm](http://www.ucm.es/info/especulo/Nº%208/Lozano.htm)
- Mansilla Torres Sergio (2019). *Quercún*. Los Libros del Taller.
- (2001). Platón expulsa a los poetas de la República ideal. *Revista Alpha* N° 17,
- Vico, Juan Bautista (1978). *Ciencia nueva de la sabiduría poética* (Genaro Godoy, trad.). Universidad de Chile.